

DOMINGO XXXIV DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
SOLEMNIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO
Homilía del P. Cebrià M. Pifarré, monje de Montserrat
23 de noviembre de 2008
Mt 25, 31-46

Las lecturas de este domingo último del año litúrgico nos invitan a contemplar el horizonte de la historia humana orientada hacia lo último, lo definitivo. El evangelista Mateo, al presentarnos, al término de su sermón sobre las realidades últimas, con tono solemne, a manera de retablo lleno de tonalidades apocalípticas, el juicio final sobre las naciones, se sirve de algunas imágenes que el Antiguo Testamento utiliza cuando habla de Dios que viene para hacer justicia a su Pueblo. Y así es como Mateo nos presenta a Jesús, primero como un pastor que, a la caída de la tarde, cerca ya de la noche, reúne el rebaño que vagaba disperso; y después, en un marco que la teología hebrea reservaba a Dios, como Rey de la humanidad, sentado «en el trono de su gloria».

Escuchando este relato nos habremos dado cuenta que, de repente, la alegoría del pastor se desvanece para dejar paso al juicio de las naciones, en forma de diálogo directo entre Cristo y los hombres. Es chocante, en este juicio, la proclamación de la sentencia y su motivo: el Rey glorioso, que es el que juzga, se revela solidario de los más débiles: los hambrientos, los sedientos, los forasteros y sin techo, los que no tienen vestido, los enfermos, los presos. «Venid vosotros, benditos de mi Padre, dirá a los de un lado,... os aseguro que cada vez que lo hicisteis a con uno de éstos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis; apartaos de mí, dirá a los del otro lado,... os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo». En estas palabras, verdadero centro de la profecía de Jesús sobre las realidades últimas, Mateo ha resumido todas las enseñanzas de Jesús para advertencia de su Iglesia y de todos los hombres. Aquello que es crucial en la vida humana se decide de acuerdo con la actitud que hayamos tenido delante de los más desvalidos, porque es con cada uno de ellos que Cristo Jesús se identificará a la hora de la verdad. ¿Sería quizás auténtica la fe si no se tradujera en el amor? Y el amor a Dios, ¿sería auténtico si no se manifestase en la misericordia? Ciertamente, nuestro encuentro con Dios, el Padre amado, es Cristo; y es cierto también que nuestro encuentro con Cristo son los hermanos. Si somos capaces «de compartir el pan con el que pasa hambre, acoger en casa nuestro a los sin techo, vestir al que va desnudo; si no los rehuimos, porque son hermanos nuestros, entonces -dice el profeta Isaías- nuestra luz brillará como sol de mediodía». A fin de que retengamos esta lección esencial, en el diálogo entre Cristo el Señor y los hombres, la secuencia evangélica de Mateo repite hasta cuatro veces la lista de las seis obras de misericordia.

Eso nos lleva a preguntarnos: ¿cómo enfocamos nuestra existencia humana? ¿en términos de auto-realización egoísta o bien en términos de autodonación gratuita y de misericordia? ¿La vivimos quizás cerrados en nuestro mundo pequeño, mezquino, o bien hacemos un servicio a los más desvalidos, siguiendo las huellas de Jesús que nos ha amado hasta el final, sin condiciones? Es aquí donde se juega lo decisivo de nuestra vida. Palabras bonitas como son la defensa de la democracia, el ejercicio de las libertades, la racionalidad ética, el Estado del bienestar ... pueden tener mucho sentido, pero podrían esconder mucho cinismo, avidez y mediocridad, si fuéramos incapaces de reaccionar ante el sufrimiento del otro. En una sociedad a veces despiadada, que tan sólo valora el poder del dinero, ¿quién tendrá el mal gusto de recordar cómo es de esencial la misericordia hacia los más débiles y marginados? El «Principio-Misericordia», siempre presente y activo en nuestra vida; la capacidad de reaccionar delante del sufrimiento de los otros, cogido desde el corazón, ¿no es quizás

aquello que, según Jesús, nos hace personas verdaderamente humanas? ¿De qué nos valdría ser unos grandes profesionales, ocupar cargos importantes, tener mucho éxito en las relaciones humanas, si careciéramos de misericordia, incapaces de pensar en las víctimas? El discurso cristiano sobre Dios, inseparable de la memoria subversiva de la pasión y muerte de Jesús, nos remite siempre a la gran cuestión sobre la justicia de los inocentes que sufren o han sufrido injustamente a lo largo de la historia. Las tradiciones bíblicas nunca han dejado de cuestionarse sobre el grito de los inocentes, un grito que Jesús ha hecho suyo en la Cruz y que pertenece a la entraña mística del cristianismo, hasta que toda justicia será satisfecha en aquella resurrección de los muertos que ha sido prometida a la fe en la resurrección de Cristo. La parábola del juicio final de las naciones, escuchada en la fiesta de hoy, se nos hace todavía más punzante si la leemos desde esta perspectiva del sufrimiento de los inocentes y de la justicia que reclaman las víctimas, y eso en el sentido de que no hay ningún sufrimiento en el mundo que no nos afecte. Es así como se traduce el principio bíblico sobre la igual dignidad de todos los hombres y mujeres, creados a imagen de Dios, un principio que Jesús ha resumido en el mensaje de la unidad inseparable entre el amor a Dios y al prójimo, de la pasión y de la compasión de Dios, el «Principio-Misericordia».